

VIAJANDO SIN GPS

LA MAGIA DE MIS PASOS

América

CARLOS MUÑOZ GONZÁLEZ

La Magia De Mis Pasos

América

Capítulo 1

Adiós, comandante Fidel

“No me despido de ustedes. Deseo solo combatir como un soldado las ideas”,

Fidel Castro.

Al salir de la habitación, encontré a Sonia llorando. Luis, su esposo, estaba sentado en el sofá, estático, en un estado de conmoción. Melisa, su hija, que iba para la escuela de medicina, tenía los ojos encharcados de lágrimas. Su hermano Alberto permanecía inexpresivo. Afuera, un sol penetraba la casa por las ventanas y un aire extraño se metía en el interior. Todo ese cuadro frenó en seco el entusiasmo que yo tenía esa tarde, 26 de noviembre de 2016.

Todos escuchaban las noticias en un viejo televisor que adornaba la sala de aquella casa. Dejé mi curiosidad y dirigí mi atención hacia lo que decía el locutor: “¡Fidel ha muerto!”.

En Cuba, Fidel Castro provoca una especie de sensación de culto. No es para menos, luego de seis décadas de mandato los habitantes de la isla se habían acostumbrado a él y a la sedición. Llegó al poder tras encabezar la Revolución cubana y luego de derrocar a Fulgencio Batista en 1959.

“El comandante ha muerto”, decían, y con él sus discursos con palomas posadas sobre sus hombros con las cuales hipnotizaba a una plaza atiborrada de gente. Fidel, el mismo que a pocas millas marítimas le opuso resistencia a Estados Unidos. No pude evitar mi asombro ni sumarme al momento de conmoción general. El tiempo parecía detenerse.

Luego, por televisión, Raúl Castro, el hermano de Fidel, anunció la noticia a Cuba y al mundo: “Ayer, a las 10:29 horas de la noche, falleció el comandante en jefe de la Revolución Cubana Fidel Alejandro Castro Ruz”.

Curiosamente, aquello sucedió al final de mi viaje.

Entré a mi habitación anonadado, me tumbé sobre la cama dejándome llevar por el impacto. Entonces, en medio del furor mediático, sentía la fugacidad de la vida, percibía con lucidez la verdad: todos vamos a morir. Fue entonces efímera la notoriedad del comandante, efímera también mi vida y la de los hombres. Él, como yo y como todos, era un simple mortal, no un dios. No dejaba de pensar en la brevedad que nos acompaña.

Rápidamente preparé mi mochila para ir a La Habana. Bajé las escaleras del edificio donde vivía, salí al parque, caminé hacia la cafetería de la esquina, me senté adentro en una de las mesas. Pedí un café. Tomé un taxi después y partí tan rápido como me fue posible. Llegué a la capital el domingo, doce horas después del suceso. Por las concurridas calles de La Habana todo estaba más silencioso de lo habitual. De los viejos balcones colgaban banderas con rojo, blanco y azul, y con una estrella solitaria y grande; carteles con expresiones de condolencia, fotos de Fidel. Aquella ciudad alegre y dicharachera parecía más detenida en el tiempo de lo habitual. El bullicio del gentío no se escuchaba, los cláxones de los autos no sonaban. La música alegre estaba triste y la bandera permanecía a media asta al otro lado de la bahía.

Me detuve en una esquina, compré el periódico. Cuatro palabras lo encabezaban: “Hasta La Victoria Siempre”. Pesaba la silenciosa ausencia de un hombre cuya relevancia para el pueblo cubano era indiscutible. La convulsión de lo que estaba sucediendo era tan grande que, al llegar a La Habana, lo mejor que podía hacer era descansar y prepararme para lo que estaba por venir.

Aquella mañana del veintiocho de noviembre salí temprano para acudir como un habanero más a honrar los restos del comandante. Tres larguísimas filas se habían formado en la Plaza de la Revolución, donde miles de ciudadanos esperaban pacientemente alrededor del memorial José Martí. Después de aguantar unas cuantas horas, apenas podía sostenerme de pie, y ante el extremo cansancio al que contribuyeron la exagerada cantidad de personas y el sol, pedí desesperado que me abrieran paso.

Un policía abrió la verja, entonces sucedió el milagro: me dejaron pasar junto a una anciana en silla de ruedas y otro hombre en muletas que apenas podían caminar. Recuerdo la voz del encargado de seguridad diciendo, mientras caminaba erguido: “No se aparten de mi lado, seguiremos hasta la sala donde podrán rendirle tributo”.

De repente me sorprendí al verme allí, con todas las dificultades que para mí significaba estar de pie, esperando para darle el último adiós a Fidel; casi sintiendo el mismo fervor que aquellos cubanos que lo admiraban. Yo, un español en Cuba, acelerado por la adrenalina de aquel momento, emocionado por ser parte de un hecho universal. Me dije, entre agradecido y sorprendido, que era algo extraordinario estar terminando un recorrido de siete años por el mundo en medio de un suceso semejante.

Nuestras vidas están llenas de secretos y dramas cotidianos que le van dando forma a nuestra propia historia, pero pocas veces tenemos la oportunidad de hacer parte de acontecimientos históricos que traspasan todas las fronteras. Fidel era Fidel: amado y odiado, respetado y temido, admirado y atacado; pero era Fidel, el comandante. Y mientras en Cuba lo lloraban, quizás en otras latitudes celebraban su partida. A mí eso en particular no me importaba. Yo simplemente estaba viviendo el momento crucial, sin tomar partido, como un buen viajero debe hacer. Como dice Facundo Cabral: “No soy de aquí, ni soy de allá”. Yo me siento como un ciudadano del mundo, no sigo colores ni ideologías ni efervescencias políticas. Sin embargo, influir notoriamente en la vida de millones de personas sólo le está deparado a algunos pocos, y ese destino siguió a Fidel.

Dentro del recinto ceremonial no estaba el féretro. Había un altar adornado con una corona de flores y una fotografía de Fidel Castro con su rifle colgado al hombro, su gorra y su mochila en la espalda, en la que se le veía de cuerpo entero, mirando al horizonte, ataviado con su icónico uniforme verde olivo. El altar estaba lleno de militares con uniforme de gala, que cuidaban celosamente la sala, en cuyo interior se respiraba un aire cargado de honor.

Fui uno de los cientos de miles que ese día le rindió homenaje a Fidel, el comandante. No tenía móvil, no pude captar aquel instante perpetuo, pero me llevé conmigo aquel día y lo guardé en lo más profundo de mis recuerdos.

Dicen que todo final trae consigo un comienzo. No lo dudo. Mi viaje a Cuba había sido el puerto final de una travesía que me llevó por ciento tres países, y es el comienzo de este libro, cuya historia comenzó siete años antes de la muerte de Fidel, en el sur del impresionante continente americano.

Capítulo 2

Un pájaro que deja el nido

Desde que era niño soñaba con cruzar el Océano Atlántico; esa inmensidad de agua que conecta dos mundos. Quería sentirme como un pájaro que deja su nido, volando alto, sin camino de vuelta. Quería ir lo más lejos que mis fuerzas me lo permitieran, deseaba con todo mi corazón experimentar la libertad de las aves, ser como ellas, siguiendo los vientos, explorando lo insospechado.

El día de cumplir ese sueño llegó al finalizar la primera década del 2000. Atravesé el Atlántico y llegué a Montevideo, Uruguay, un 7 de noviembre de 2009, cuando el país estaba viviendo un proceso de transición política. Pepe Mujica estaba a punto de ganar las elecciones para la presidencia del país.

Seis años antes, cuando todavía vivía en Asturias y era asalariado, viajé a Río de Janeiro donde conocí a Mauricio en pleno carnaval. Fue a él a quien llamé apenas llegué al aeropuerto de Montevideo. Antes de tomar la decisión de darle la vuelta al mundo de forma ininterrumpida, yo hacía viajes a América, y quizás por la mágica atracción que sentía por esas tierras fue que comencé mi aventura allí.

Mauricio se había dejado crecer el pelo, casi que no lo reconozco, aunque él a mí sí; se acercó y me saludó con un beso en cada mejilla, como hacen típicamente los uruguayos. Luego nos trasladamos a Malvín, en donde vivía con sus padres. Allí pasé la noche.

Al día siguiente me mudé a un hostel en el barrio Pocitos, un vecindario de clase media donde edificios altos se alzan sobre la costa del Río de la Plata, a dos cuadras de la playa. Allí conocí a Gaby y a Juan, ambos nacidos en Montevideo, amigos desde el colegio, quienes decidieron abrirse camino en el mundo empresarial; eran socios y administraban el negocio, chequeaban los mensajes del ordenador, preparaban el desayuno para los huéspedes, organizaban las habitaciones. Hacían un buen equipo.

Fue la primera vez que me vi frente a mi nueva realidad. Debía entender que de ahí en adelante viviría en muchos lugares, ¡quién sabe adónde me llevaría esa aventura de andar por el mundo! Así que debía ser empático. Esa es la mejor manera de conectar con la gente. No se puede ser un viajero si no eres

capaz de hablar con las personas. Es como si fueras un relacionista público y sufieras de timidez. Así fue como inició nuestra amistad.

Gaby solía andar por los pasillos con el termo de agua en la mano y el porongo donde servía el mate que frecuentemente tomaba y ofrecía a los huéspedes que lo quisieran probar. Por ser un estimulante natural y contener cafeína, el mate es parte de la vida de uruguayos, argentinos y paraguayos; pero especialmente en Montevideo, y al vivir con Gaby y Juan, sentí que esa bebida es parte de sus vidas, como algo de lo que no se pueden desprender. Siento que es más que una bebida para ellos.

Mientras Gómez, un perezoso gato negro que siempre estaba durmiendo con las cuatro patas al aire, posaba en un mueble, nosotros veíamos televisión en la sala y Gaby se acercaba con su termo ofreciendo mate. La escena se repetía a cada rato: Gaby sostenía en una mano un pequeño recipiente del cual sobresalía una especie de bombilla de metal, y en la otra mano tenía el termo. Vertía agua en el vaso para tomar, bebía del popote, luego volvía a verter agua y le daba el recipiente a otra persona, que bebía a su vez de la misma boquilla. Juan, que la seguía, me lo dio a probar. Era caliente y amargo. No me gustó el sabor, pero no podía escapar al acogedor momento: el yerba mate circulaba de mano en mano mientras todos hablaban maravillas de Uruguay. El mate es una tradición, una experiencia, un símbolo de amistad.

Sin embargo, Gaby con frecuencia decía que se quería ir a Australia. Me parecía extraño que lo dijera con ese aire de melancolía, como si quiera y no irse de Montevideo. Pero así somos los seres humanos: complejos e inconformes.

Un día le compré en el mercado central una marioneta de la Rana René a Gaby. Ella la puso a la vista en la recepción, y sin que nos diéramos cuenta, la ranita nos aminó los días grises y lluviosos que por ese tiempo se vivían en Montevideo.

—¿Lo oíste, Rana René? — bromeaba Gaby. Todos aman Uruguay, pero vienen de paso tan solo unos días a descansar de la joda de Brasil y siguen su largo camino hacia Argentina.

Yo creo que esa rana fue el mejor regalo que nos hicimos en aquel hostel. Nos unió en torno a risas y chistes sarcásticos, a mates y conversaciones sobre la vida, sobre el amor, los amigos, los viajes y la política. Por aquellos días era el tema de moda. Corrían tiempos de renovación en el país, decían los uruguayos, que veían en acenso la campaña de José Mujica; “Pepe”,

como le llamaba la mayoría, quien era el más opcionado para ganar las presidenciales.

El día de las elecciones estuve allí con ellos como un uruguayo más, siguiendo el cubrimiento por televisión. A medida que transcurrían las horas la tensión aumentaba. Yo, ajeno a la política y a las promesas democráticas, no daba mucho crédito a lo que sucedía. Por el contrario, mis compañeros hablaban de la llegada de un gobernante vanguardista con muchas iniciativas determinantes para el cambio. Era un hombre cercano a la gente. Un nuevo líder que se hacía llamar “Pepe”, para los amigos, y José Mujica para los políticos. Un hombre nada pretencioso cuyo sencillo estilo de vida se reflejaba en su cotidianidad. Viajaba en su escarabajo Volkswagen de 1987 y conducía un tractor para trabajar la tierra donde vivía en su austera casa de campo.

Ese mismo día, 29 de noviembre de 2009, todos saltaron de alegría en la sala del hostel. La ciudad estaba delirando: miles en las calles agitaban banderas blancas y celestes. Había tanto júbilo que no pude contener mis ganas de salir a celebrarlo. Recorrí toda la costanera de la playa escuchando cláxones ensordecedores en una caravana de coches y personas que se dirigían a la Plaza Independencia, la más importante, ubicada en el centro de la ciudad, en donde se celebró la elección del nuevo presidente de Uruguay, Pepe Mujica.

Aquella noche sentí el éxtasis político en su clímax. Que ese acontecimiento haya coincidido con el inicio de mi viaje fue pura cosa del destino. En ese momento de mi vida, luego de elegir que sería un viajero, lo que menos me importaban eran los políticos.

A veces Mauricio iba a buscarme al hostel y salíamos. Aparte del trabajo como taxista, él dividía su tiempo entre el gimnasio y estar en la casa con sus padres. Era alto, de fisionomía atlética y agradables rasgos físicos. Trabajaba en una parada que tenía en propiedad en el Aeropuerto Internacional de Carrasco. Le gustaba su ocupación porque conocía gente que llegaba de todo el mundo. Especialmente le gustaba conocer mujeres. Con ellas era todo un donjuán, pero nunca pasado de tono. Eso sí, en las noches, las chicas se acercaban a él discretamente. Por obvias razones a mí me gustaba estar a su lado, tratando de impregnarme de un poco de su estilo galán, como si se tratara de una fragancia mágica que las enloquece.

Mauricio tenía cierto embrujo, no le costaba nada ligarse a las más lindas. Cuando menos lo esperaba se había levantado a una mina, como se les llama a las mujeres en Uruguay. Aunque yo no tenía la misma facilidad para ligar, empecé a salir con una chica llamada Anaís, a quien comencé a llamar cariñosamente primita.

Nos conocimos una noche en la discoteca, luego nos veíamos durante la semana después de su trabajo, y tiempo después ya estábamos envueltos en un romance. Fue mi primera aventura dentro de esa otra gran aventura que era viajar, y me gustaba, pero mi espacio gravitacional giraba en torno de mis deseos mayores. Fue por eso por lo que cuando se acercó el Año Nuevo, emprendí un viaje a Cabo Polonio con Gaby y Juan, pero sin primita.

Salimos de Montevideo al mediodía del 31 de diciembre en la camioneta de Gaby. En el tramo que une los balnearios de la Paloma y Aguas Dulces, en el kilómetro 264 de la ruta 10, Gaby giró su vehículo hacia la entrada del Cabo. Llegamos sobre las seis de la tarde. Entrar con tiendas de campaña estaba prohibido por lo que decidimos dejar en la camioneta las cosas pesadas e irnos con lo que traíamos puesto: una mochila de mano y el saco de dormir para dejarnos caer en cualquier lugar.

Desde allí se contrataba el transporte habilitado que atraviesa el área protegida. Eran camiones escalonados con asientos hasta la parte más alta y grandes llantas para una mejor tracción a la hora de atravesar el arenal. Disfrutamos la emoción de viajar en el camión, la sensación de la brisa en la cara, las dunas que cambian de orientación según los vientos y una extensa playa debajo del profundo azul del cielo.

Al llegar nos encontramos con austeros ranchitos de madera dispersos entre los médanos, que parecían haber sido arrojados al azar desde el cielo. Allí, encerrada por dos playas estaba Cabo Polonio, un recóndito pueblito de pescadores y artesanos.

De allí nos dirigimos a Playa Sur donde encendimos la hoguera de Año Nuevo. No podía pedir más: aunque Mauricio y Anaís estaban en Montevideo; Juan y Gaby, algunos huéspedes del hostel y yo, nos habíamos reunido aquel día para celebrar bajo la magia que atrapa en aquel lugar. Juan abrió una botella de champán mientras mirábamos los fuegos artificiales. La luna era testigo de aquella noche inolvidable, en medio risas y abrazos.

Juan y yo dejamos el grupo y nos acercamos a la orilla de la Playa Norte, cada uno con una linterna en la mano. El cielo nocturno se iluminó con estrellas y la luz de la luna se reflejaba en las aguas del océano y creaba un

camino hacia sus profundidades. Ambos nos metimos descalzos en el agua, chapoteando con cuidado como niños pequeños. Sostuve mi muleta con ambas manos y miré al cielo, gritando de emoción. Mientras miraba las estrellas, predije que nuestra amistad duraría para siempre. Luego hicimos un brindis por el Año Nuevo y nos abrazamos calurosamente.

Me quedé allí una semana más sin Gaby ni Juan, que al final tuvieron que regresar a sus quehaceres. Al amanecer, el sol salía por la Playa Calavera, al atardecer se ponían en la Playa Ensenada.

Los días pasaban tranquilos, en soledad. A menudo recordaba a Anaís, pero eso no alteraba la calma. La quietud y no sé qué fuerza me empujaban a querer convivir con el silencio.

Había cambios de tiempo muy frecuentes. Soplaban vientos fuertes y cuando se nublaba me entretenía dando un paseo hasta el faro donde está el hogar de los lobos y los leones marinos. A veces, en el camino paraba en una tienda de artesanías. La decoración hippie hacía de aquel pequeño espacio un lugar acogedor. Me gustaba sentarme en el sofá a leer cientos de notas y escritos que dejaba la gente pegada en las paredes. Había tantas, que el dueño las guardaba en un cajón. Leyendo aquellos mensajes podía hacerme a la idea de cuántas personas de todo el mundo desearon haberse quedado en el Cabo.

Digo esto no solo basado en esos escritos, sino en mi propia experiencia. Mi día a día transcurría de la siguiente manera: solía bajar unos pasitos hacia el porche de mi rancho para descansar, gran parte del tiempo lo pasaba tumbado en la hamaca o en una silla colgante en un rincón de la sala de estar. Para ducharme extraía con un caldero el agua dulce y potable de un pozo que llegaba hasta las napas subterráneas, a veces salía a comprar algunas cosas y la gente me saludaba como si me conocieran de toda la vida, comía delicioso y, en las noches, a la luz de vela, mientras las olas rompían en la orilla, disfrutaba la brisa. Era un bello lugar para permanecer, aunque no había electricidad, ni calles ni mayores lujos.

No pasaba mayor cosa, pero el misterio se escondía allí: en que, a pesar de las austeras condiciones, de la aparente inactividad, del silencio en invierno, era en esos pequeños detalles donde estaba el secreto de la máxima plenitud. Allí entendí por qué, cuando se le pregunta a alguien que vive en Madrid que, si es feliz y le haces la misma pregunta a otro en el Cabo, me daba la impresión de que estaba más satisfecho y despreocupado de la vida aquel que respira en el Cabo.

Alegre de haber encontrado un lugar inalterado, cuyos moradores preferían una vida lejos del desarrollo y la modernidad, regresé finalmente a Montevideo.

De vuelta decidí quedarme unos días más en el hostel de Juan y Gaby, y compartí con ellos salidas a cine, paseos, asados, charlas; otras veces, salía con Mauricio y recorríamos en su taxi la bella Montevideo o me quedaba descansando viendo la tele en el hostel compartiendo momentos con Yang un empresario chino de la ciudad de Hangzhou. Era evidente que Montevideo no se limitaba solo a la costanera de la playa, acercándose a la plaza independencia uno podía conocer mejor su pasado. Solo uno tenía que atravesar la puerta de la ciudadela y caminar por la peatonal Sarandí entre palmeras y viejas casonas señoriales, cafés, librerías, feria de antigüedades y libros de segunda mano. Bailar un tango en la plazoleta, su sello de identidad, autóctono, universal, leer el periódico del quiosco sentado en un banco o escuchar música criolla causaba relajación, y esos pintores en la calle, dándole color a la ciudad vieja, era todo un arte. Y es que por el mismo puerto llegaron en barcos los europeos atraídos por la riqueza de Sudamérica. Para degustar la comida tradicional no había mejor manera que acercarse al mercado del puerto, una vieja estación de tren construida en hierro forjado, en cuyo interior se encuentra un antiguo reloj inglés metálico con su base de madera tallada y grandes ventiladores sobre el techo. Los restaurantes ofrecían la gastronomía típica, todo tipo de carnes, cortes y verduras en los fogones de las parrillas a la vista de todos. Nos juntábamos Mauricio y Yo a beber el famoso medio y medio, vino blanco medio dulce y medio seco, y después nos sentábamos frente a una mesa para comer.

En cuanto a Anaís, seguíamos saliendo, y a pesar del cariño que le tenía, al final todo estaba escrito y mi viaje debía seguir. No niego que fue duro despedirme. De ella y de todos. Toda aquella gente maravillosa que había aprendido a querer de repente se esfumaría de mi vista. Sentía como si estuviera dejando a mi familia, y era verdad: Uruguay me había regocijado con la íntima fraternidad de su gente, pero mi viaje apenas comenzaba.

Me fui en bus rumbo a la frontera del Chuy, que conecta Uruguay con Brasil. Luego tomé otro bus hasta Florianópolis, capital del estado de Santa Catarina. Allí hay dos grandes lagunas y muchas playas, en las que disfruté unos días, antes de subirme a un cómodo bus que me llevaría por las extensas distancias de Brasil hasta la Ciudad Maravillosa.